



Cuento
Policíaco
Emocionante

Trate de
encontrar el
misterio antes
de llegar al fin

Dolan decide rendirse.

El Abrigo Pardo

Por N. Smith

Tiempo de lectura: 42 m. 40 s.

I

NO cabía duda acerca de la personalidad del hombre que, absolutamente solo, sin ayuda de nadie, había realizado el robo de \$109,437.00 en efectivo al Banco Nacional, llevándose además \$1.29 en estampillas. El ladrón no era otro que Dolan, un habilísimo violador de cajas fuertes, no obstante su extrema juventud. Esta vez su golpe maestro había limpiado la caja completamente.

Tampoco existía misterio alguno acerca de su paradero, puesto que se encontraba a buen recaudo en una celda de la Jefatura de Policía, capturado antes de que transcurrieran doce horas de su hazaña. No había opuesto resistencia a su captura, una vez que se vio sin posible escapatoria; ni siquiera había intentado negar, al ser preguntado por el detective Mallory. Sabía Dolan que había sido cogido con todas las de la ley, que la Policía a su vez se había anotado tan buen éxito al dar con él, como él mismo al realizar su trabajo; por lo tanto, se confesó poniendo en sus palabras el acen-

to del más legítimo orgullo, como autor exclusivo de tan bella obra. Todo ello vino a fijar la atención de "La Máquina Pensante", cuando ya habían transcurrido cuatro o cinco días. Entonces el problema consistió en... Pero mejor será que comencemos por el principio.

A pesar de que distaba mucho de los treinta años, ya Dolan había sido objeto de cierta clase de respeto por parte de la Policía; Dolan poseía una positiva ejecutoria, dado que había comenzado temprano. Este robo del Banco Nacional era su más grande empresa, y estaba llamada a ser la última. Había sido su plan apoderarse de esa suma y, protegido por unas buenas barbas y un nombre supuesto, marcharse con su esposa a un lugar tal que a él no llegaran los efectos de las investigaciones policíacas. Pero es axiomático que las cosas humanas son harto mudables. Si bien el robo en sí había sido una obra maestra, realizada de acuerdo con planes sabiamente meditados, y ejecutados con cuidados nimios, había, no obstante, el bueno de Do-

lan cometido un error; y éste había sido dejar olvidado en el Banco el envase de lata que había contenido la nitroglicerina que había comprado para su trabajo. Este pequeño olvido le costó ser cogido.

Dolan y su mujer habitaban en tres pobres habitaciones en una modesta casa de apartamentos baratos. Tan pronto la policía obtuvo la descripción de la persona que había adquirido la nitroglicerina, se tuvo la seguridad de quién era esa persona, y desde ese momento cuatro hombres escogidos vigilaron la vivienda de Dolan. Ni éste ni su esposa estaban en ella, pero por lo que vieron los detectives desde fuera, dedujeron que no la habían abandonado, y, en consecuencia, tomaron sus posiciones.

Completamente desprevenido, porque su olvido del envase no le había venido a las mientes, llegó Dolan a su casa al anoecer y empezó a subir los cinco escalones que conducían a la puerta principal del edificio. Dió la casualidad que, al subir lentamente, tendió una mirada hacia atrás y pudo ver, más bien adivinar, el

rápido movimiento de una cabeza que se ocultaba detrás de la columna de un pórtico próximo. Sin embargo, no fué tan rápido aquel movimiento para impedir que la mirada de águila de Dolan reconociera, a la luz del foco que iluminaba el pórtico, la cara del detective Downey, uno de los sélites del inspector Mallory que giraban alrededor de éste en estrecha órbita. Súbitamente recogido en sí, Dolan se detuvo y comenzó a liar un cigarrillo, a fin de darse tiempo a pensar. Qué si lo mejor fuera retroceder, tomar un buen paso a lo largo de la acera, llegar a la esquina y desaparecer; pero al mirar en dirección de ese posible escape alcanzó a ver la fisonomía del detective Blanton.

Seramente pensativo, Dolan consumió la mitad de su cigarrillo sin moverse de aquel sitio, con la mirada fija hacia el frente, sin fijarse en objeto alguno determinado. Blanton conocía la existencia de un pasadizo al fondo de la casa y a cuyo final había una puerta; quizá los detectives no se habían ocupado de vigilar por allí. Tiró el cigarrillo con un gesto de